

Poemas

Pablo García Baena

861.6
GAR

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5106354855

Col·lecció Poesia de Paper

124

Poemas

Pablo García Baena

Palma, 2002

© del text: l'autor, 2002

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 2002

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro i Perfecto Cuadrado

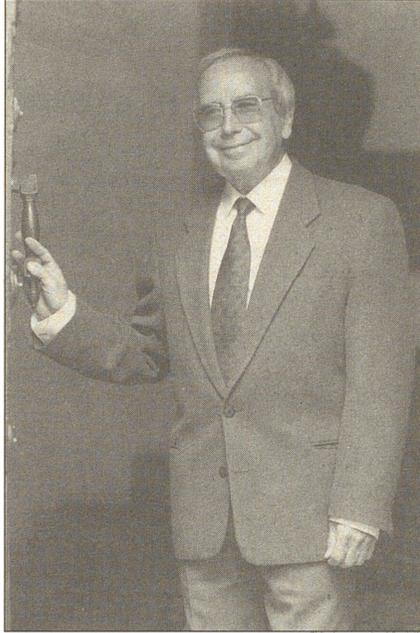
Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Gremi Forners, 18. Polígon Son Castelló 07009 Palma

ISBN: 84-7632-729-3

DL: PM/345-2002



Pablo García Baena (Córdoba, 1923) fue cofundador de la revista *Cántico* de Córdoba. En 1984 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en 1988 fue nombrado Hijo Predilecto de Andalucía y en 1991 recibió el Premio Andalucía de las Letras. Es director del Centro Andaluz de las Letras.

Ha publicado los libros de poemas *Rumor oculto* (1946), *Mientras cantan los pájaros* (1948), *Antiguo muchacho* (1950), *Junio* (1957), *Óleo* (1958), *Almoneda*. *Doce viejos sonetos de ocasión* (1971), *Antes que el tiempo acabe* (1978), *Gozos para la Navidad de Vicente Núñez* (1984) y *Fieles guirrnaldas fugitivas* (1990). Su obra poética completa se publicó en 1998 en la editorial Visor y, recientemente, en el volumen *Recogimiento* (Málaga, 2000).

En prosa ha publicado *Lectivo* (1983); *El retablo de las cofradías* (1984, 1997), *Calendario* (1992), *Ritual* (1994), *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvido* (1995), *Vestíbulo del libro* (1995), *Zahorí Picasso* (1999), además de numerosos ensayos y artículos.

ELEGÍA

Me envuelvo en tu recuerdo

como en nieblas secretas que me apartan del mundo.

En la calle sonrío al amigo que pasa,

y nadie,

nunca nadie

adivinó mi muerte bajo aquella sonrisa

ni el frío sin consuelo de mis ojos que ciegan

pidiendo de los tuyos más desdén,

mas veneno.

Ahora que la tarde se derrumba en las sombras,

y que el libro de versos resbala por mis manos,

ahora que la lluvia llora por los cristales

de mi ventana,

y llanto va a caer de mis ojos,

antes de que una mano encienda la dorada

llama de mi quinqué,

dime si tú no sueñas en tu balcón, ahora

que la lluvia nos une a los dos con sus lágrimas,

o si sobre el teclado de tu piano oscuro

agoniza Chopin

bajo tus manos trémulas.

Nunca sabrás el loco deseo que me tortura

de cautivar tus labios bajo mi boca ávida,

y sentir el latido de tu sien en mi mano

aprisionada como un pájaro aterido.

Pero no sabrás nunca nada de mi deseo.

Nada de cuando pienso desgarrar con mis dientes
los azules canales de tus venas
y juntos
morirnos desangrados, confundidas las sangres.
Pero estamos ajenos.
Yo sigo en mi ventana,
y tú soñando en otro mientras Chopin suspira,
ahora que aún no arde en mi quinqué la luz
y que a los dos nos une la lluvia con sus lágrimas.

(De *Rumor oculto*)

ODA A GREGORIO PRIETO

Una mano entre rosas... ¿Recordáis? Tintas pálidas
de un violeta abatido. Venía en «Blanco y Negro».
El fondo era un quiosco lleno de enredaderas
y un jarrón de escayola opulento en la brisa
sobre la escalinata de un jardín pensativo.

Yo era entonces un niño, casi un adolescente.
Recuerdo los problemas: «Si un vendedor de vinos
vendiera las arrobas a...» Veo las viejas clases
y aquel patio de mármol donde en francés gitano
don Luis nos hacía rezar el Padrenuestro.

Era el tiempo en que todos recortaban estampas.
Algunos, boxeadores. Otros, sólo volcanes.
Unos Marlene Dietrich era su favorita
que sonreía ambigua fumando entre sus plumas
en un café con nieblas de estación o de puerto.

Recortábamos nubes con la tijera azul
de nuestros ojos limpios y en la clase de Física,
cuando bajo el fanal el pájaro expiraba,
con el mayor sigilo, a través de las bancas
me llegó la postal de una mujer desnuda.

Yo era entonces un niño, casi un adolescente,
pero ya adivinaba, Gregorio, qué tristeza

derrumbaba la frente en aquellos muchachos
de tus dibujos, donde la yedra se enredaba
entre sus manos como sortijas de deseos.

Había corolas mustias que esperaban tu soplo
y niñas corroídas de un vitriolo lento
tronchadas sobre el yeso amargo de los parques
y cuerpos que vibraban al paso de otros cuerpos
como los bosques vibran al paso de las corzas.

Y tú ibas anudando las largas crines blancas
de los caballos turbios en brumas de los mares,
que se erguían sobre olas de amaranto y veneno
con despojos de amor bajo sus cuatro cascos:
una carta, unos rizos, una entrada de cine.

Ibas abriendo rejas de jardines secretos
donde morían sirenas con su cola de llanto
y alcobas despleaban sus cómplices cortinas
manchadas por el zumo de dos seres en lucha
sobre el lecho, monarca invencible y nocturno.

Te veo bajo la lluvia agitando tus alas,
vendando el rojo párpado de las áureas palomas,
estatua, grito, dios de mármoles y línea,
apoyado en los cisnes de aquella escalinata
donde un beso olvidado gime entre los rosales.

Te adivino en el ronco funeral de las trompas
que acompaña al otoño con sus sedas ajadas.
En el ángel que enjoya de ruinas y perlas
el ojo gigantesco del ocaso embriagado
por labios que pronuncian el nombre del amante.

Un guante abandonado en un sendero triste,
un nido, pensamientos morados como el cáncer,
dedos ensangrentados de escribir en la máquina,
azucenas, sonrisas, lágrimas como escamas
tañen entre los sistros de tu mano su historia.

Gregorio Prieto. Piras de incienso te proclaman.
Por largas avenidas de tilos y lamentos
pasean los muchachos y bajo puentes húmedos
la cabellera errante del agua entre los tréboles
va susurrando, quedo, tu nombre en la caricia.

(De Mientras cantan los pájaros)

ANTIGUO MUCHACHO

Entre la noche era la madre selva como de música

y el sueño en nuestros párpados abejas que extraían
de las lluviosas arpas del otoño
un panal de violetas y silencio.
Con un escalofrío se presentía entonces al amor fugitivo
como un trovador, bello de lazos y de cintas,
que, junto a un cenador donde una tea alumbra,
bajara por la escala el desmayado cuerpo de la infanta
al par que entre la fronda el ruiseñor perfuma de armonía la noche.
Erraba en las almenas un vago suspirar de abandonados velos,
de cabelleras lánguidas flotando en los estanques
y un ajimez quedaba solo frente a la luna
adormecida por el laúd de los besos.
Revivo la mirada pálida de los espejos
y mi rostro preguntando en su oráculo,
y la mano que repasaba, lenta, mis mejillas, mis labios.
Había una ventana donde el mar convertía en espuma sus cisnes,
y en los aparadores bandejas con membrillos cocidos
y el tarro de las guindas,
y las cidras frías por el mármol de la madrugada,
y los dulces de piñonate en su estrella de papel rizado.
El domingo escalaba con su luz amarilla,
con su parra latiendo de áureos cimbalillos,
los álamos sombríos del invierno,
y las horas, veloces, agitaban sus pétalos
como rosal que deja su nieve por el aire.

y la noche llegaba al campo reclinando su cabeza en los montes,
y un miedo suave bajaba con el ladrido de los perros por las cañadas,
y la última garza de la tarde dormía entre los juncos.
Decidme dónde tengo aquel niño con el cuello sujeto de bufandas
y la enorme mosca negra de la fiebre aleteando en mis sienes,
y en torno de mi lecho, Sandokán con la perla roja en su turbante
y Aramis perfumado de unción episcopal,
y Robinson bajo el verde loro balanceante de los bambúes.
Aquel cerrado mirador, entre lutos,
donde paraban todos los años la Oración del Huerto
cuando el Jueves Santo gemía en su larga trompeta morada.
Y la Virgen Dormida, en un agosto de bengalas,
y los muertos contemplando desde su balaustrada de ausencias
las débiles lamparillas de la noche de Todos los Santos.
Llovía en los cristales. Ahora, silenciosos, vuelven tristes perfiles,
voces que pálidas renacen,
como hojas arrastradas a un otoño de olvido.
Y como el nadador, dichosamente cansado,
deja escurrir los dedos del agua por su cuerpo desnudo
volviendo su mirada hacia la playa,
así a ti me vuelvo,
buscando tu sonrisa en mi sonrisa,
tu mirar en mis ojos
y tu honda voz pura, antiguo muchacho,
fluyendo como un agua fresquísima
del manantial cegado de los días.

LA VIDA ES COMO UN BOSQUE

Oh, sí, la vida es como un bosque.

Un bosque donde un día entramos confiados.
Un bosque interminable
que sólo acaba cuando creemos liberarnos de sus torpes lianas,
de sus cicutas híbridas
y de la saeta cómplice y venenosa de sus flores.
Cuando los ojos ya desencajados
creen haber encontrado el fin de la terrible pesadilla del bosque
y una luz de esperanza se enciende en las pupilas,
en las pupilas que al momento frías
quedarán como el límpido cristal de una custodia,
porque es sólo la muerte quien puede libertarnos,
sólo la muerte con su vaho pálido,
sólo la muerte es consuelo...
Pero la vida,
oh, sí, la vida es como un bosque.

Yo voy bajo los árboles que estrechan mi camino,
bajo alerces gigantes,
bajo sauces y álamos y castaños que estallan de esplendor a mi vista,
ya veces me detengo
y en las cortezas tiernas que esperan toda seña
escribo con las uñas mi destino.
y cuando es primavera me diluyo en el aire violado de las lilas
e ingenuamente gozo
viendo abrirse la aguja blanca de los jazmines,

y el gorrión cansado de mi mirada
se posa en las mujeres desnudas que acechando por entre viejos árboles
son iguales que flores armoniosas
y mi boca se enreda en la culebra de sus pintados labios
cuando huyen los ángeles.

A veces pasan sombras por mi mismo camino.
Amigos o enemigos que se cruzan,
que pasan ocultando sus virtudes
o derramando el bálsamo agrio de sus pecados
donde innúmeros gusanos barbotean su hambre.
Pasan, y yo he sentido la delirante garra de un jaguar
que mecía con ternura mi corazón.
Era el amor.
Y amé las sombras que pasaban,
las sombras que pasaban soberbias con sus dones inaccesibles.
Amé la altivez escarlata de unos labios,
la línea noble de algún cuerpo ágil,
unas manos que se esquivan y se enlazan como palomas amantes,
el azul de la nieve en unos ojos,
y amé también las sombras que se ofrecían humildes.
Sentí sobre mi alma el halago suave y enervante de un terciopelo.
Era el odio.
y bebí sediento de su copa, sorbo tras sorbo, hasta caer rendido
en la tierra del bosque.
Y odí el cautivo pájaro de la sangre en el cuerpo,
los ónices prohibidos de las ojeras,
la estremecida música de los silencios
y el turbio vino amargo de los abrazos presentidos.

Oh, sí: la vida es como un bosque,
un bosque donde al alba resuenan las lejanas arpas suavísimas,
desvanecidos coros que tiemblan como telas de araña entre los árboles
y hay días en que el bosque serena todo viento
y se hace pequeño y casi débil como el nácar rosa de las caracolas
y es dulce pasear esos días por los senderos íntimos,
por las sonantes frondas,
hasta llegar junto a la fuente donde descansaríamos inmutables,
la fuente con el agua tantas veces anhelada,
la fuente que en sus ojos tiene nuestro reflejo.
Pero hay que seguir caminando porque la vida es como un bosque.
Un bosque donde sopla furioso un viento rojo
que roe nuestras carnes,
en esos días en que los árboles se doblan bajo huracanes de deseo
y los cuerpos gimen en las madrugadas de insomnio
bajo el dolor indescriptible de las caricias
y hasta las mismas estrellas derraman gota a gota su misteriosa
sensualidad.
Y estos días teñidos con las ardientes flores del alazor también pasan.
Oh, sí, la vida es como un bosque.
Un bosque sembrado de esqueletos y sal,
un bosque donde se balancean rígidos los ahorcados
en cada árbol.
Un bosque que se entristece en el otoño
con la verdina que oculta los párpados de los suicidas,
de los que quisieron talar rápidamente
el bosque interminable
y su mirar se quedó cuajado para siempre en el crepúsculo.

Y en estos días
hay que gritar hasta que los espejos caigan hechos puñales
porque el pelo flotante de una mujer ahogada
pasó acariciando nuestros rostros.
Gritar, gritar... Por el camino pasarán las sombras
y nadie preguntará por nuestro grito.
Solamente los perros aullarán temerosos a la muerte o la luna
y el grito hecho columna
será lo único que pueda sostenernos.
Pero, lejos, ¿no se oyen las flautas?
Oh, sí, la vida es como un bosque.

(De *Antiguo muchacho*)

JUNIO

Oh, sé que he de buscarte

cuando el otoño abrume con sus frutos goteantes la tierra,
cuando las mozas pasen mordiendo los racimos
como si fueran labios,
cuando las piernas rudas de los hombres
se tiñan con la sangre púrpura de las vides
y quede una canción flotando en el azul helor de la tarde madura.
Oh, sé que he de buscarte.

Cuando caiga en el río el beso desmayado de la última adelfa
buscaré tus pisadas sobre la arena tibia
donde tu cuerpo expiraba bajo el mío
como un tallo verde en el suspenso mediodía.

Oh, sé que he de buscarte
cuando el dormido cisne del otoño aletee en su nido;
pero Junio es ahora un pastor silencioso
que coronan los oros sagrados de la trilla,
y yo bebo en tu cuerpo la música desnuda
que languidece en los violines lentos de la siesta.

Oh, yo sé que he de buscarte
cuando la campiña despierte del letargo amarillo de los élitros;
pero ahora es tu cuerpo sólo, tu cuerpo junto al mío,
mientras Junio incendia de felicidad los montes más lejanos
y el río besa tímidamente nuestros pies
como si Narciso nos contemplara con sus diluidos ojos verdes de agua.

(De *Junio*)

PALACIO DEL CINEMATÓGRAFO

Impares. Fila 13. Butaca 3. Te espero

como siempre. Tú sabes que estoy aquí. Te espero.
A través de un oscuro bosque de ilusionismo
llegarás, si traído por el haz nigromántico
o por el sueño triste de mis ojos
donde alientas, oh lámpara temblorosa en el cuévano
profundo de la noche, amor, amor ya mío.
Llegarás entre el grito del sioux y las hachas
antes de que la rubia heroína sea raptada:
date prisa, tú puedes impedirlo. O quizás
en el mismo momento en que el puñal levanta
las joyas de la ira y la sangre grasienta
de los asesinatos resbala gorda y tibia,
como cárdena larva aún dudosa
entre sopor y vida, goteando
por el rojo peluche de las localidades.
Ven ahora. Un lago clausurado de altos
árboles verdes, altos ministriles, que pulsa
la capilla sagrada de los vientos
nos llama; o el ciclamen vivo de las praderas
por donde el loco corazón galopa
oyendo al histrión que declama las viejas
palabras, sin creerlas, del amor y los celos:
«Pagamos un precio muy elevado por aquella felicidad»;
o bien: «Ahora soy yo quien necesita luz»,
y más tarde: «Tuve miedo de ir demasiado lejos»,

en tanto que el malvís, entre los azafranes
del technicolor, vuela como una gema alada.
Ah, llega pronto junto a mí y vence
cuando la espada abate demascenas lorigas
y el gentil faraute con su larga trompeta
pasea la palestra de draperías pesadas
junto al escaño gótico de Sir Walter Scott.
Vence con tu áureo nombre, oh Rey Midas; conviérteme
en monedas de oro para pagar tus besos,
en el vino de oro que quema entre tus labios,
en los guantes de oro con los cuales tonsuras
el capuz abacial de rojos tulipanes.
Vendrás. Alguna vez estarás a mi lado
en la tenue penumbra de la noche ya eterna.
Sentado en la caliza de astral anfiteatro
te esperaré. Tal ciego que recobra la luz,
me buscarás. Tus hijos estarán en su palco
de congelado yeso, divertidos, mirando
increíbles proezas de cow-boys celestiales,
y yo ya sabes dónde: impares, fila 13.

(De *Óleo*)

COMO EL ÁRBOL DORADO

Como el árbol dorado sueña la hoja verde,
ahora que no estás y en los bosques nevados
cruje lívidas urnas, fantasmal, el invierno,
los jóvenes deseos a la deriva quieren
cubrir tu memorial de húmedas laureas.

Era el marzo feliz que oreaban los vientos:
primaveral basílica los juncos erigían,
las varitas moradas de san José, la avena
como lluvia menuda y un recado secreto
la cardelina lleva por alfarjes de ramas.

Así como la tierra mi corazón henchido
germinaba de ocultas semillas sepultadas.
Así como la tierra nupcias al mar ofrece
el oleaje crespado de los besos unía
labio y tierra en anillos de herrín indestructibles.

Veíamos el mundo juntos sobre la roca...
Qué lejos el sollozo, los dioses, la leyenda
que luego tú serías, rojeantes racimos
de riparía cubriendo armoniosa, tu estatua
cuando ya fuiste mármol inaccesible y ciego.

Pero el cielo era puro y fugaz y la loca
alegría de vivir, esa máscara errante

y beoda reía bajo el galoneado
raso del capuchón del dominó talar,
otorgando antifaces que realidad cubrían.

La tristeza, una calle por donde no pasábamos,
la poesía, una flauta que gime abandonada
y el rezo y los sociales lazos y la amistad,
esa vieja burguesa con labor de ganchillo,
nos vieron ir desnudos bajo constelaciones.

Sabíamos que un soplo acabaría con todo:
estancias en la noche centelleante de arañas,
copas alzadas, senos, más hielo, el jardín rosa
y verde de la aurora irrumpiendo en cristales,
desgarrando la cola de satén de la huida.

Sabíamos que un soplo... y que no volvería
aquel vino jamás a mojar nuestros labios.
Confusamente turbia tiendo la mano ahora
hacia la puerta, arcano, tarot, encantamiento,
y allí encuentro tu mano entreabriendo el recuerdo.

(De Antes que el tiempo acabe)

HELIOS

Ansiaste que algún día llegara hasta tus labios
pues parecía ofrecerlo, amigo y cómplice,
agua o sed que manara entre sus manos ahuecadas,
la oval greca del pelo oreciendo,
como el disco solar alejandrino,
la luz, fulgor impávido.

Lo veías pasar en el invierno privilegiado de la playa
apenas abrigado con un gorro de lana de colores,
cuando el mar se despierta en furia, poderoso,
las fantasmales olas grises levantadas, batiendo
las indefensas rocas.

Con el estío, ligero, Doríforo andaluz,
la delgada caña de pesca al hombro tal astario,
por el umbral de arena donde amables
ondas o lenguas de animal doméstico
lamían huella o pie, la entesa pierna,
seguro el paso ágil,
casto y perverso como tigre en celo.

Allí permanecía de siempre junto al agua madre,
cuerpo,
criatura anterior a dioses, él sagrado,
relevo de hermosura por los siglos,
azar ciego y voluble,
de uno en otro el don inmarchitable.
El mar, el mar te la quitaba día a día
en aquella costa fabril y edénica

donde la adelfa roja nace fúlgida
pese al entonatorio suplicante de los mortales.
A veces te mandaba una postal con faros y balizas,
con el peñón o barcas de fanal encendido.

Mentía:

«Es noche y pienso en ti»,
«He gritado tu nombre por la gruta marina».
Me pareció escucharlo y volví. El acanto
crecía junto a su puerta modernista y corintio.
Lo busqué por la orilla, el aduar de lona, los bañistas,
la espelunca de cámbaros y líquenes.
Allí estaba. Gemía enlazado a otro cuerpo.

Entraba el sol radiante por la casa de Cáncer.

ZÉJEL

Mezquita-Catedral de Córdoba

Ruzafa de los mármoles... Están prestas las lámparas
que mano y fe distintas avivan en la noche
de los arcos sombríos, con llama igual y ciega:
el palmeral de aleyas en la oración del Viernes
o el gótico cimbreo flamígero del Corpus.
Gruta de Dios brillando bajo el emir o el César,
el agua de los rezos por los siglos de siglos
lame mansa los pórfidos, los alabastros túmidos,
el fasto bizantino de los áureos mosaicos.
Y en abril, cuando caen en el negro arriate
del patio las estrellas de olor del azahar
y está cerca Alicón y sus mieles suaves
aún sueña la almena con jinetes oscuros
y el alma se prosterna como en la fresca tienda
que levanta sus mástiles al soplo del desierto.

PLAZA DEL POETA JUAN BERNIER

Sería imposible invocarte desde la aflicción,
desde el rincón de mármoles y musgo
donde la umbría tira con mano húmeda
de tu mano de siembra, de tu mano con pulso
de corazón abierto y pródigo.
Porque la muerte era para ti un deseo demasiado pretencioso
alejado en la lluvia de los días distintos,
como distintos son los cuerpos de oro y de hiel que amamos
jóvenes, en tacto, en roce, en consumación.
Tampoco podríamos acompasar las flautas en tu ofrenda
hasta la puerta que vela lo oscuro,
ni dejar esa flor en el umbral que cierran las rasillas,
no eras tú poeta de lo etéreo
sino hombre de sed
y amabas en los dioses a los hombres
con su destino áspero y hermoso.
Vano sería el ayuno, el recitar de una plegaria,
y mis labios están cerrados a la oración,
porque tú eres ya la sombra del dios en su eclipse,
y no quiero ser el escriba sentado en el luto,
Ricardo, Juan,
sino el amanuense textual de los días del sol
cuando la vida era un vino fresco
y la entrega un cintillo de promesas rientes.

Buscando la taberna más recóndita,
el mercenario abrazo furtivo, como entonces,
bajaré hasta tu plaza esta noche sin luna y sin presagios.
Allí donde crece el naranjo y está el banco
en que tú la esperaste.

(De *Fieles guirnaldas fugitivas*)

ÓLEO

Si ese azul de tus hombros quedara en el ocaso...

Cuelga la luz difusa las tenues telas grises,
los crudos lienzos pálidos de la tarde y destella
su espongiario de sombras en el rincón. Engaño
que la mirada limpia ahonda por el sueño.

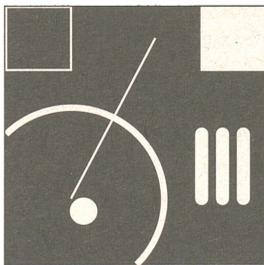
Descansa la paleta oscureciendo llamas,
pentecostés de rojos airados, cales frías
de la blancura, ágil rumor de álamo y río,
seda turquí de lunas, oro de cadmio. Brilla
tu sonrisa, una lámpara viva en la lejanía.

¿Te vas? Ya es noche siempre. Queda un poco de vino
en el vaso, en los labios, en el recuerdo. Ópalos
acechan por la sangre, oleaje granate
e indomable que aquieta tu mano estremecida.
Está la puerta abierta como un párpado insomne.

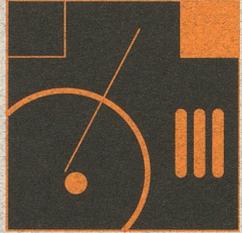
Te vas. Y los plegados, la línea y el volumen
se empañan y atardecen, penumbra de la ausencia
y una niebla desvela por el huerto cercano
la huida de unos pasos, el vuelo de unas alas.
El viento vaga solo y negro por la tierra.

(1980, no recogido en libro)

L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura «Sa Nostra»
el dia 4 de març de 2002



87. AURORA LUQUE. *Cuaderno de Mallorca*
88. LLUÍS URPINELL-I-JOVANI. *Poemes*
89. JACOBO CORTINES. *Paisaje en el tiempo*
90. XOSÉ MARÍA ÁLVAREZ CÁCCAMO. *Poemas*
91. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ. *Poemas*
92. FRANCESC FLORIT NIN. *Memorial dels ulls*
93. MARC GRANELL. *Selecció de Poemes*
94. ALMUDENA GUZMÁN. *Poemas*
95. MIGUEL ANXO FERNÁN-VELLO. *Poemas*
96. DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ. *No más que la mañana [Poemas, 1986-1999]*
97. PILAR PALLARÉS. *Poemas*
98. ANTONI MARÍ. *Poemes*
99. JUAN MANUEL VILLALBA. *Poemas*
100. ANTONIO CARVAJAL. *De Flandes las campañas*
101. VICENÇ LLORCA. *La plaça de la poesia*
102. FERNANDO DELGADO. *Sobre el amor y sus contrarios (Antología)*
103. JOSEP PIERA. *En el nom de la mar..., i un inèdit (1991-2000)*
104. FRANCISCO CASTAÑO. *Del decorado y la naturaleza*
105. PABLO DEL BARCO. *El mirador de silencios (Antología)*
106. JOSÉ HIERRO. *Poemas*
107. PERE JOAN MARTORELL. *Després del silenci*
108. BASILIO RODRÍGUEZ. *Breve antología poética (1938-2000)*
109. JOSÉ DANIEL M. SERRALLÉ. *Poemas*
110. MARGARITA BALLESTER. *Poemes*
111. ESTEBAN PISÓN. *Euroversos (Antología)*
112. XUAN BELLO. *Poemas*
113. SILVIA UGIDOS. *Poemas*
114. ANDREU PERIS. *Quadern de versions i altres inèdits*
115. MANUEL RUIZ AMEZCUA. *Luz de la palabra*
116. JORDI VINTRÓ. *Poemes*
117. MIGUEL ÁNGEL VELASCO. *Amonites*
118. GABRIEL DE LA S. T. SAMPOL. *Apocatàstasi*
119. MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ. *Saliendo de la noche*
120. JOSÉ LUIS LÓPEZ BRETONES. *La extrañeza (Poemas, 1992-2001)*
121. ÀLEX SUSANNA. *Poètiques*
122. AMALIA BAUTISTA. *La casa de la niebla. Antología (1985-2001)*
123. MARTA PESSARRODONA. *Poemes*



Universitat de les
Illes Balears

ISBN 84-7632-729-3



9 788476 327296

"SA
NOS
TRA"

Obra Social
i Cultural